

CLAUDIO HERNÁNDEZ BURGOS

FRANQUISMO A RAS DEL SUELO

Zonas grises, apoyos sociales y actitudes
durante la dictadura (1936-1976)

GRANADA
2013

Foto portada: Archivo Museo Casa de los Tiros.

© CLAUDIO HERNÁNDEZ BURGOS.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
FRANQUISMO A RAS DEL SUELO. ZONAS GRISES, APOYOS
SOCIALES Y ACTITUDES DURANTE LA DICTADURA (1936-1976).
ISBN: 978-84-338-5578-7. Depósito legal: GR/1701-2013.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Fotocomposición: CMD. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.
Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos -www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

No es en modo alguno una exageración afirmar que en las últimas décadas los estudios sobre el franquismo han avanzado mucho en, prácticamente, la totalidad de los planos. Hoy conocemos mejor las dinámicas políticas, sociales y culturales, del régimen en su conjunto y de sus soportes principales, “por arriba” y “por abajo”, en los ámbitos más generales y en los, locales y provinciales, más específicos. Cada vez más, nuestros historiadores, especialmente los más jóvenes, se alejan de todo ensimismamiento historiográfico y muestran un excelente conocimiento de las historiografías que allende nuestras fronteras se ocupan de problemáticas similares a las que se enfrentan, nos enfrentamos, los estudiosos del franquismo.

Naturalmente, ni todo es perfecto, ni faltan elementos involutivos. Y hay que señalar entre estos últimos los que están reintroduciendo perspectivas maniqueas que, lejos de avanzar en el conocimiento de la complejidad de la Historia y la riqueza de sus matices, terminan por recurrir a lenguajes simplificadores que nos retrotraen a tiempos pasados. A historias en “blanco y negro” donde parece primar más el afán descalificador y la defensa de unos, pretendidamente superiores, valores, morales o historiográficos que sean. Todo esto constituye un riesgo indudable para nuestra historiografía, la cual podría verse tentada a abandonar la agenda que le es propia para caer en ese juego de absolutos, que lo son tanto más cuanto pretenden no serlo.

No es el caso de este libro, un libro de la “buena historia”, de la que se plantea problemas historiográficos relevantes y aspira a estudiarlos desde las armas de la crítica historiográfica. Un libro en el que se abordan problemas tan importantes como insoslayables y, por eso mismo, a veces, incómodos. Problemas que el autor afronta con valentía, sin eludirlos, pero sin perderse en pretenciosas valoraciones morales, o falsas atribuciones de significado. Sin ningún afán reduccionista y con la máxima atención a la complejidad y esa riqueza de matices que, en

última instancia, “construye la historia”. Porque aquí se habla, en efecto, de violencia, represión y culturas de la victoria, de resistencia y oposición, pero también de los apoyos sociales del régimen, de su construcción en el plano local, de las actitudes plurales de los más diversos sectores de la población, de los “éxitos” y fracasos en este terreno de la dictadura franquista, de su descomposición y de los caminos de la reconquista de la libertad.

Todos estos problemas, como decimos, importantes, complejos, difíciles y frecuentemente incómodos vienen estudiados desde presupuestos historiográficos y metodológicos intachables. Desde ese conocimiento, al que aludíamos más arriba, de la historiografía internacional que está aquí presente como marco de referencia ineludible, aunque no como importación acrítica de «las últimas novedades».

Con este bagaje, Claudio Hernández ha podido escribir este libro, ambicioso, que el lector tiene en sus manos. Ambicioso, por una parte, por su larga duración, desde los inicios de la dictadura —donde ya contamos con algunos, aunque no muchos, estudios relevantes— hasta los años sesenta —muy poco investigados todavía. Y ambicioso, también, porque su reivindicación de la historia desde lo local le obliga a llevar a cabo un abrumador trabajo de campo, al tiempo que a tener presente cuanto otros historiadores han investigado en otros ámbitos, locales o no.

En este sentido, cabe destacar la capacidad para superar viejas dicotomías integrando la historia política desde arriba y la historia social desde abajo. Dicotomía muy presente en la historiografía y que solo puede ser superada, como hace el autor, desde la profunda convicción de que la historia del franquismo es la historia de las relaciones entre el régimen y la sociedad. Que no basta con conocer los lenguajes, las culturas políticas que convivían y configuraban el régimen, sus puntos de acuerdo y sus diferencias sustanciales, pero que hay que conocerlas. Y no para contraponerlas a las de unos ciudadanos de a pie, supuestamente inertes o neutros, sino para analizar en profundidad el modo en que interactuaban, el modo en que los lenguajes del régimen eran recibidos por la población para asumirlos, decodificarlos, aceptarlos parcialmente o rechazarlos. Es decir, para saber el modo en que interactuaban.

La gente corriente, la zona gris ocupa un lugar central en la investigación. No se ahorra un matiz, no se da nada por descontado, se investiga, se pregunta desde la mejor historia con fuentes orales y, a partir de ahí, se analiza y llega a unas conclusiones que yo, personalmente, suscribo en lo fundamental pero que como todas las de la buena historiografía son matizables y discutibles.

Por supuesto, el objeto central de estudio es, como el autor no deja de señalar, Granada; y Granada no es toda España. Por supuesto, no todas

las conclusiones del estudio serán aplicables a otras provincias y contextos; aunque, seguramente, sí la mayoría y más importantes de ellas. Y lo que hay que decir en este sentido es que hay dos contribuciones sustanciales en este libro. Una, la de la propia investigación, como decíamos, tan intachable en su desarrollo como en sus conclusiones, precisas y bien articuladas. La otra, es que constituye un ejemplo de cómo hay que hacer las cosas y de lo que queda por hacer. Esperamos que esta última faceta encuentre el eco que se merece. Sería triste comprobar que, una vez más, todo quedara en grandes elogios al trabajo... para pasar a otra cosa. Porque de las actitudes sociales de los españoles durante el franquismo seguimos con poca investigación. Y de las últimas décadas aún menos. Esperemos que este trabajo sirva también para relanzar estos estudios. Y la verdad es que el libro de Claudio Hernández se merece esta respuesta.

Por Ismael Saz Campos
Catedrático de Historia Contemporánea
de la Universidad de Valencia

AGRADECIMIENTOS

Las páginas que a continuación se presentan son el resultado de una investigación de cuatro años. A lo largo de los mismos, las visitas a los archivos, las numerosas lecturas, los meses transcurridos en el extranjero o los continuos viajes para acudir a congresos, han actuado como «recordatorios» diarios que han marcado mi día a día. Llegada la finalización de este trabajo, se olvidan muchos de los malos ratos y de los «agobios» sufridos durante esta etapa. Al final de este camino llego agotado, pero satisfecho por el resultado finalmente plasmado en este libro. Sin embargo, este largo camino se ha hecho mucho más llevadero gracias a gente que desde los márgenes no ha dudado en darme una frase de ánimo, un consejo o un abrazo que me han permitido continuar adelante.

En primer lugar, me gustaría expresar mi agradecimiento a la Editorial de la Universidad de Granada y a su directora, Maribel Cabrera, por la confianza depositada en estas páginas, que, en los tiempos actuales, valoro mucho más. En segundo lugar, quiero recordar el apoyo académico y personal de la totalidad del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada que, desde hace muchos años, me ha acogido y tratado como uno más. En tercer lugar, las páginas que siguen han tenido la fortuna de contar con los consejos, lecturas, sugerencias y críticas de muchos colegas de profesión que, sin duda alguna, han contribuido a hacerla mejor. No puedo dejar de citar a Jorge Marco, Goyo Alonso, José Luis Ledesma, Francisco Romero Salvadó, Antonio Herrera, Antonio Cazorla, Carlos Fuertes o Daniel Lanero.

Por otro lado, estoy en deuda con muchas personas que me han hecho más sencilla mi labor investigadora. No puedo dejar de mencionar a los trabajadores de los archivos que he podido visitar, en especial, a mis buenos amigos de la Casa de los Tiros de Granada, que me han recibido tantos días y han atendido mis peticiones con gran eficacia y buena disposición. Tampoco puedo olvidar a los entrevistados que, gracias a su disponibilidad y superando el miedo a hablar de sus vidas, constituyen los cimientos de esta investigación. Sin ellos, sin su decisión de excavar en recuerdos desde hace décadas enterrados, no hubiera sido posible redactar estas páginas. Muchas gracias por dar voz a este trabajo.

El escenario de este libro es Granada, pero sus páginas están impregnadas de otros lugares que han contribuido a darle forma. Mi estancia de tres meses

en Madrid hizo posible la recopilación de material de archivo que fundamenta buena parte de esta investigación. Por ello debo agradecer la amabilidad del profesor Manuel Pérez Ledesma, quien me acogió con cariño y me orientó durante aquel periodo. Igualmente agradecido estoy al profesor Emilio Gentile, quien me ofreció la posibilidad de realizar una estancia en Roma y me dio todo su apoyo para continuar mi investigación en los archivos de la ciudad. Finalmente, quiero agradecer la posibilidad que se me brindó desde el Cañada Blanch for Contemporary Spanish Studies de la LSE, de realizar una estancia el pasado año. Allí no solo recibí la buena acogida de su director Paul Preston y de todo su personal, sino de otros buenos compañeros investigadores, hoy amigos, que me hicieron mucho más fácil mi adaptación a la ciudad y la investigación.

Los grandes perjudicados en estos años han sido mis amigos y familiares. A ellos les he robado tiempo y les he obligado a interesarse el régimen franquista. Por ello, debo agradecerles la paciencia y comprensión que me han demostrado durante estos años y su ayuda para alejar de mi mente, al menos durante unas horas, los grises años de la dictadura. No puedo dejar de recordar el apoyo que mis padres me han dado durante toda la investigación, leyendo partes de este trabajo, soportando mi constante falta de tiempo para todo y animándome en los momentos más difíciles. Tampoco puedo olvidar a Isa, a la que, sobre todo estos últimos meses, no le he podido dar todo lo que se merece y que siempre ha tenido una frase de ánimo, una sonrisa o una caricia que me ha dado fuerzas para seguir. Pero, de manera especial, quiero recordar a mi abuela, que no ha podido ver este libro terminado, pero que es una de las máximas responsables de su escritura.

Por último, el libro que tiene el lector entre sus manos es el resultado de mi tesis doctoral. Por ello, de una parte, debo expresar mi agradecimiento a quienes aceptaron formar parte del tribunal encargado de juzgarla, los doctores Francisco Cobo, Ana Cabana, Peter Anderson, Alejandro Quiroga e Ismael Saz, cuyos acertados comentarios y críticas han contribuido a mejorar estas páginas y a subsanar muchas carencias. Y de otra parte, tengo que dar las gracias a quienes fueron los directores de mi tesis doctoral, Miguel Gómez y Miguel Ángel del Arco. A Miguel, al «jefe», debo agradecerle su confianza cuando aún era un chaval, su cercanía en lo profesional y en lo personal, sus buenas palabras y su cariño, que es recíproco. A Miguel Ángel, le agradezco su disponibilidad las veinticuatro horas del día, sus constantes consejos y sus continuos ánimos para terminar este trabajo. Sencillamente, sin ellos, estas páginas jamás hubieran sido escritas.

ABREVIATURAS

| | |
|--------|---|
| AACE: | Archivo de Acción Católica Española. |
| AGA: | Archivo General de la Administración. |
| AHDG: | Archivo Histórico Diocesano de Granada. |
| AHMG: | Archivo Histórico Municipal de Granada. |
| AHN: | Archivo Histórico Nacional. |
| AHOAC: | Archivo de la Hermandad Obrera de Acción Católica. |
| AHPCE: | Archivo Histórico del Partido Comunista Español. |
| AHPG: | Archivo Histórico Provincial de Granada. |
| AHUG: | Archivo Histórico de la Universidad de Granada. |
| AJEC: | Archivo de la Juventud Estudiantil Católica. |
| AJOC: | Archivo de la Juventud Obrera Católica. |
| AMAEI: | Archivo del Ministero degli Affari Esteri d'Italia. |
| ARCG: | Archivo de la Real Chancillería de Granada. |
| DGS: | Dirección General de Seguridad. |
| FCO: | Foreign and Commonwealth Office. |
| FNFF: | Fundación Nacional Francisco Franco. |
| FO: | Foreign Office. |
| LEG: | Legajo. |
| MGC: | Memoria del Gobierno Civil. |
| TNA: | The National Archives. |

INTRODUCCIÓN

Me acuerdo de un vecino que tenía radio y escuchaba de noche una emisora extranjera que hablaba contra el régimen [...] Yo era muy torpe para la política y ahí escuché aquello de los rojos y le pregunté a mi padre: «¿Y los rojos por qué son rojos, porque van pintados de rojo o por qué?» Porque yo no veía a nadie de rojo. Y ya mi padre me explicó. Y ya empecé a comprender por qué los unos se distinguían de los otros. Y es que mi padre jamás hablaba delante de nadie de nada de política, jamás¹.

El párrafo con el que se inicia esta introducción no es solamente un fragmento de la experiencia vivida por Concepción a comienzos de los años cincuenta. El testimonio de esta ciudadana corriente es también el reflejo de una sociedad y un régimen. Una sociedad, la española, y un régimen, el franquista, que se influyeron y moldearon mutuamente durante casi cuarenta años. Se trató, claro está, de una dictadura que se impuso en contra de la voluntad de muchos españoles y que se llevó por delante las vidas de cuantos fueron calificados como «enemigos de España», de los que no tenían «buenos» antecedentes políticos y de quienes se negaron a transigir con la violencia extrema empleada desde los inicios de la Guerra Civil por los sublevados. Una dictadura que encerró en las cárceles a cientos de miles de ciudadanos que no comulgaban con sus postulados, que privó de sus bienes materiales y de sus trabajos a los derrotados y que humilló y silenció a miles de familias obligándoles a vivir durante años con el estigma de vencidos. Un Estado que marchó durante unos años en completa sintonía con la Alemania nazi o la Italia fascista, que impuso un rígido control moral a la vida pública y privada de los españoles y que no titubeó a la hora de aplastar cualquier intento por quebrar el modelo nacional creado. Se trató, no

1. Entrevista a Concepción, Granada, 10-8-2011.

debe olvidarse, de una dictadura que murió del mismo modo que nació: reprimiendo a sus enemigos.

Pero la implantación del franquismo no se sustentó únicamente en el terror y la represión ejercida «desde arriba», sino que sus cimientos se pusieron «por abajo», en las ciudades y en los pueblos, donde existieron ciudadanos que, por diversos motivos, prestaron el apoyo necesario para la fundación del nuevo Estado. El régimen se asentó sobre la represión, el miedo y otros mecanismos de control social, pero también cobró vida gracias al respaldo de una parte mayoritaria de los militares, de la Iglesia católica, de la burguesía y los empresarios procedentes del mundo urbano, de los propietarios de tierras que poblaban el agro español y de clases medias que se acomodaron al franquismo. Sin embargo, sus apoyos y opositores activos representaron una porción minoritaria del conjunto de la población. La mayoría era gente corriente, como Concepción, que no participó en el entramado administrativo del régimen, pero que tampoco formó parte de quienes luchaban por derribarlo. Ciudadanos de a pie marcados para siempre por el recuerdo de la Guerra Civil o por la dureza de los años de posguerra, amantes de la «normalidad» y de una existencia centrada en su ámbito familiar y en el trabajo, a la espera de mejorar sus expectativas. Mujeres y hombres, en fin, que permitieron al franquismo durar, pero que no lo sostuvieron cuando se derrumbaba.

Este libro analiza las actitudes sociales de los españoles durante el franquismo. Se ocupa de quienes apoyaron incondicionalmente al régimen hasta el final de sus días, de quienes fueron víctima de la represión estatal, de aquellos ciudadanos que se refugiaron en el silencio de su vida cotidiana y se despreocuparon del mundo de la política y de los que, aun habiéndose beneficiado del sistema, empezaron a criticar algunos de sus aspectos con el paso del tiempo. Es por ello, que el espacio cronológico escogido no puede ser otro que la totalidad dictadura franquista, desde el inicio de la Guerra Civil en 1936, hasta la derrota del proyecto continuista del régimen en 1976. No quiero perder de vista que, al contrario que los regímenes fascistas europeos, el franquismo sobrevivió a la victoria aliada de 1945 en la II Guerra Mundial. Porque tener en cuenta su prolongada duración resulta fundamental para rastrear la naturaleza de sus apoyos sociales, para entender los discursos y prácticas políticas activadas por el régimen en cada momento, para calibrar la importancia de los cambios generacionales producidos y para analizar en profundidad las actitudes ciudadanas y su evolución a lo largo de la dictadura.

Una tarea para la cual se hace necesario restringir el campo de visión si deseamos observar con mayor nitidez aquello que nos interesa. Granada y su provincia serán el hilo conductor de este estudio. Pero Granada no deja de ser un pretexto, un otero desde el que mirar lo que sucedía en

el resto del país, más allá de las paredes del Palacio del Pardo. Insisto: no es éste un trabajo de «Historia local», sino de Historia «desde lo local», porque se centra en las actitudes cotidianas que únicamente son observables desde esta perspectiva. Se trata de ofrecer respuestas diferentes e interpretaciones alternativas a la historia de un periodo cada vez más conocido pero del que falta mucho por saber y de responder a algunas de las preguntas fundamentales que subyacen en las páginas que siguen: ¿cómo se construyó el régimen en las provincias?, ¿qué papel jugaron los ciudadanos corrientes al respecto?, ¿qué imposibilitó su continuidad a partir de la muerte de Franco?, ¿cuál fue la relación entre los discursos y políticas estatales y las actitudes de los españoles? y, en definitiva, ¿qué permitió a la dictadura mantenerse en pie durante tantos años?

EL ESTUDIO DE LAS ACTITUDES CIUDADANAS Y LOS APOYOS SOCIALES EN LOS REGÍMENES DICTATORIALES

El análisis de los apoyos sociales, las actitudes ciudadanas y la opinión popular bajo regímenes de carácter dictatorial, sean estos de la naturaleza que sean, es una cuestión que ha suscitado la atención de estudiosos de numerosas naciones, atraídos por la incertidumbre a la hora de dar respuesta a los porqués de la estabilidad, perdurabilidad o aceptación social obtenida por sistemas carentes de las mínimas libertades democráticas y frecuentemente marcados por el uso cotidiano de la represión y el establecimiento de mecanismos de control social sobre la población. El hecho de que sean cada vez más los especialistas que han realizado las mismas preguntas no solo ha mejorado de manera incontestable nuestro conocimiento sobre el modo en que se establecieron, sustentaron y cayeron los regímenes dictatoriales a lo largo del siglo XX, sino que ha permitido detectar una serie de problemas comunes en el examen de las actitudes y comportamientos sociales observables bajo este tipo de regímenes². Pero, antes de fijar la mirada en los logros y desafíos que actualmente se encuentran planteados, parece conveniente realizar un recorrido sucinto por la evolución experimentada por este tipo de estudios.

2. KERSHAW, Ian. «Consensus, Coercion and Popular Opinion in the Third Reich: Some reflections», en CORNER, Paul (ed.). *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*. Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 33-46. COBO ROMERO, Francisco. «Los apoyos sociales a los regímenes fascistas y totalitarios de la Europa de entreguerras. Un estudio comparado», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 76-81

Fue Renzo de Felice quien, en sus estudios sobre la *Italia fascista*, abrió la «caja de pandora» al defender en su magna biografía sobre Mussolini la presencia de un «consenso» amplio entre los italianos y el régimen durante determinadas etapas de su existencia. Concretamente, el historiador italiano afirmaba que, en el periodo comprendido entre 1924 y 1939, había existido un gran apoyo y solidaridad con la obra de Mussolini, debido a los altos salarios ofrecidos por el Estado fascista, la mayor preocupación por las cuestiones económicas que por las políticas entre los italianos y el nuevo espíritu de colaboración creado por la crisis económica³. Las controvertidas tesis de Renzo De Felice cuestionaron el mito de la resistencia antifascista y una interpretación basada en la existencia de un régimen ajeno a los italianos que les habría sido impuesto mediante la fuerza por una minoría de fanáticos e inspiraron nuevos estudios intrigados por las razones del apoyo social del fascismo italiano⁴. Al respecto, fue Emilio Gentile el principal defensor de la existencia de una auténtica ideología fascista fundada sobre un poderoso pensamiento mítico, ultranacionalista y palingenésico que, valiéndose de elementos tales como la apelación a la regeneración nacional, la sacralización de la política y el liderazgo carismático de Mussolini, habría arraigado en muchos italianos contribuyendo a su conversión en fascistas⁵.

Las teorías expuestas por De Felice fueron acusadas de revisionismo y de minimizar tanto las actitudes disidentes y el impacto del control policial y la represión en la obtención del «consenso»⁶. Además, recientes trabajos han vuelto a poner el énfasis en el rechazo al fascismo entre una parte de la población y en la capacidad de éste para penetrar en la vida privada gracias a una red capilar de instituciones encargadas de controlar la cotidianidad de los italianos de a pie. Mientras tanto, a Gentile se le achacó una falta de constatación empírica de la fascinación que por el fenómeno fascista pudieron sentir muchos sujetos durante el periodo de

3. DE FELICE, Renzo. *Mussolini il Duce: Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Einaudi y en *Interpretazioni sul fascismo*. Roma-Bari, Laterza, 1969. COLARIZI, Simona. *L'opinione degli italiani sotto il Regime, 1929-1943*. Bari, Laterza, 1991; y CORNER, Paul. «Fascist Italy in the 1930s: Popular Opinion in the Provinces» en id. (ed.). *Popular opinion...*, op. cit., pp. 122-146.

4. *Ibid.* pp. 122-124; GENTILE, Emilio. «Renzo de Felice: a tribute», *Journal of Contemporary History*, 32:2, 1997, pp. 139-151.

5. GENTILE, Emilio. «Fascism as Political Religion», *Journal of Contemporary History*, 25:2-3 (1990), pp. 229-251 y *El culto del littorio. La sacralización de la política fascista*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

6. PAINTER, Borden W. «Renzo de Felice and The Historiography of Italian Fascism», *The American Historical Review*, 95:2 (1990), pp. 391-405.

entreguerras⁷. Pero en el fondo de este debate estaban latiendo preguntas cruciales para el desentrañamiento de las actitudes ciudadanas durante la época fascista y muchos historiadores empezaban a percibir la escasez de las categorías analíticas que englobasen las heterogéneas actitudes observables entre el pueblo italiano o la necesidad de comprobar a nivel local la influencia de la cultura fascista⁸.

De manera similar, en la *Alemania nazi*, desde finales de los años sesenta del siglo XX, se criticaron las interpretaciones en las que la población aparecía como un cuerpo pasivo víctima de la represión y la manipulación realizada por Hitler y su partido. Diversas investigaciones comenzaron a poner el acento sobre la «experiencia de guerra», el discurso regenerador adoptado por los nazis, el liderazgo carismático de Hitler, el apoyo electoral obtenido por el NSDAP, la colaboración de los ciudadanos de a pie en las tareas represivas o su respaldo a la legislación racial⁹. De esta manera, los historiadores dedicados al estudio del nazismo han puesto de relieve la dificultad que conlleva la medición de las actitudes y, si unos trabajos han insistido en el éxito alcanzado por el régimen nazi en la búsqueda de un «consenso ideológico» y en el establecimiento de sentimientos de auto-identificación en torno a una comunidad política compartida, otros han puesto el acento en el predominio de una aceptación social limitada y basada en beneficios materiales y en la existencia de actitudes de acomodamiento a determinadas situaciones que, especialmente con el comienzo de la II Guerra Mundial, se tradujeron en un desapego hacia el régimen¹⁰. Tales interpretaciones no solo redundan en la dificultad de aprehender las

7. BOSWORTH, Richard J. «Everyday Mussolinism: Friends, Family, Locality and Violence in Fascist Italy», *Contemporary European History*, 14:1 (2005), pp. 23-43; CORNER, Paul. «Italian Fascism. Whatever happened to Dictatorship?», *The Journal of Modern History*, 74:2 (2002), pp. 325-351.

8. MORGAN, Philip. «The years of consent? Popular attitudes and resistance to Fascism in Italy, 1925-1940», en KIRK, Tim y McELLIGOTT, Anthony (eds.). *Opposing Fascism: Community, authority and resistance in Europe*. Nueva York, Cambridge University Press, 1999, pp. 163-179.

9. MOSSE, George L. *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid, Marcial Pons, 2005. KERSHAW, Ian. *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona, Paidós, 2003. GELLATELY, Robert. *La Gestapo y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*. Barcelona, Paidós, 2004 (1990); ELEY, Geoff (ed.). *The 'Goldhagen effect'. History, Memory, Nazism. Facing the German Past*. Michigan, The Michigan University Press, 2000.

10. FRITZSCHE, Peter, *Life and Death in the Third Reich*. Cambridge Mass, The Belknap Press of Harvard University Press, 2008; ALY, Götz. *Hitler's Beneficiaries. How the Nazis Bought the German People*. Londres, Verso, 2007.

actitudes de los ciudadanos, sino también en la necesidad de tener en cuenta las diferentes etapas y coyunturas en las que éstas son medidas por los historiadores.

Junto a los dos grandes regímenes fascistas de la Europa de entreguerras, historiadores de otras muchas naciones han mostrado su interés por el análisis de las actitudes ciudadanas bajo regímenes dictatoriales. Las investigaciones centradas en la Rusia estalinista han evidenciado en las últimas décadas la importancia de tener presente los elementos de coerción empleados por el régimen soviético, pero también la necesidad de seguir prestando atención a los mecanismos utilizados por el Estado para la búsqueda de un consenso y a las actitudes de los ciudadanos corrientes¹¹. Los estudiosos de la Francia de Vichy han demostrado en torno a cuestiones como la colaboración de la población en la persecución de los judíos, las heterogéneas actitudes y conductas mostradas por los ciudadanos franceses o el desarrollo de la vida cotidiana bajo la ocupación nazi¹². Igualmente, deben mencionarse las recientes aportaciones sobre la República Democrática Alemana, que han evidenciado la necesidad de entender que, junto al control social del Partido Socialista Unificado y de la Stasi, han de ser calibradas la eficacia de mecanismos de asistencia social para incrementar la aceptación popular, la colaboración de intermediarios y ciudadanos corrientes en la represión de sus vecinos, la importancia de los elementos «culturales» y la inadecuación de entender al Estado y a la sociedad alemana como dos compartimentos estancos¹³. Y no menos importante sería profundizar en el caso portugués donde, si bien los estudios sobre las actitudes de los ciudadanos corrientes no han alcanzado un notable grado de desarrollo, diversos trabajos han mostrado un considerable interés por analizar las manifestaciones de la oposición en los años finales del régimen salazarista o las formas de resistencia de las comunidades rurales portuguesas¹⁴. Pero tampoco debemos olvidar

11. FITZPATRICK, Sheila. *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*. Oxford, Oxford University Press, 1999; PLAMPER, Jan. *The Stalin cult. A Study in the Alchemy of Power*. New Haven, Yale University Press, 2012.

12. FOGG, Shannon L. *The Politics of Everyday Life in Vichy France: Foreigners, Undesirables and Strangers*. Nueva York, Cambridge University Press, 2009; y BURRIN, Philippe. *Francia bajo la ocupación nazi, 1940-1944*. Barcelona, Paidós, 2003.

13. FULBROOK, Mary. *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR, 1949-1999*. Oxford, Oxford University Press, 1995.

14. FONSECA, Inés, FREIRE, Dulce y GODINHO, Paula (coords.), *Mundo Rural: transformação e resistência na Península Ibérica (século XX)*. Lisboa, Edições Colibri / Centro de Estudos de Etnologia Portuguesa, 2004. GORJÃO, Vanda: *Mulheres em tempos sombrios. Oposição feminina ao Estado Novo*. Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais, 2009.

los avances impulsados fuera del continente europeo por los estudios de las actitudes sociales y los apoyos recabados por las dictaduras. Destaquemos de manera especial los incipientes estudios realizados durante los últimos años para la dictadura militar argentina de Videla, que han subrayado la capacidad de la misma para generar apoyos sociales merced a la utilización de los valores del orden, la religión o el nacionalismo argentino, así como los efectos desmovilizadores obtenidos gracias al uso de instrumentos represivos y de control social sobre la población¹⁵.

En definitiva, aunque los estudios sobre actitudes políticas bajo regímenes dictatoriales se encuentran polarizados entre quienes dan mayor peso a la coacción y la represión en el control de la población y quienes insisten en la importancia del respaldo social recibido por estos regímenes, lo cierto es que todos están de acuerdo en unos mínimos. De este modo, tanto los que privilegian la importancia del miedo, como quienes priorizan la capacidad de atracción de las dictaduras, comparten la idea de que la coacción y la represión convivieron con importantes grados de aceptación social y consentimiento fundamentales para el sostenimiento de estos regímenes.

BALANCE Y CARENCIAS EN EL ESTUDIO DE LOS APOYOS DEL FRANQUISMO Y LAS ACTITUDES DE LOS ESPAÑOLES

Desde finales de los años ochenta, la historiografía española se interesó por la cuestión de los apoyos sociales disfrutados por el régimen de Franco y las actitudes de los ciudadanos corrientes durante la dictadura. No faltaron, ni faltan actualmente, quienes esgrimieron como única causa explicativa de la larga duración del régimen el ininterrumpido ejercicio de la represión por parte del Estado. Tampoco fue escaso el peso de las interpretaciones realizadas en clave antifascista, sustentadas sobre aquellos parámetros ideológicos en los que se había movido la oposición a la dictadura, que consideraban al franquismo como un movimiento bárbaro y antimoderno o como un sistema reaccionario y sin ideología impuesto sobre la totalidad de la población española¹⁶. Sin embargo, no tardaron en surgir nuevos enfoques que acertadamente apuntaban a la imposibilidad de que el franquismo sustentara su permanencia sobre el uso exclusivo de los mecanismos represivos. Desde finales de la década,

15. LVOVICH, Daniel. «Sistema político y actitudes sociales en la legitimación de la dictadura militar argentina (1976-1983)», *Ayer*, 75 (2009), pp. 275-299.

16. ORTIZ HERAS, Manuel. «Historia Social de la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles», *Spagna Contemporanea*, 28 (2005), p. 169

se detectaron los primeros problemas para la aplicación de una visión dicotómica como la ofrecida por De Felice para el caso fascista y aparecieron nuevos estudios que aportaban nuevas categorías analíticas con el objetivo de recoger un mayor abanico de actitudes que las contenidas bajo los términos de «consenso» y «oposición»¹⁷.

Abierta la veda, nuevos foros de debate dieron forma a publicaciones específicamente centradas en las actitudes individuales y colectivas durante la dictadura franquista, como las elaboradas desde la Universidad de Castilla-La Mancha a inicios de los años noventa o las recogidas en los Encuentros de Investigadores del franquismo desde 1992. Paralelamente, empezó a esbozarse el perfil de los apoyos sociales cosechados por la dictadura. Los propietarios, las burguesías vasca y catalana y las clases medias católicas fueron señalados como el grueso de ese respaldo social¹⁸. Del mismo modo, los avances experimentados en otras historiografías extranjeras siguieron despertando la atención de los estudiosos del franquismo en España, que trazaron análisis comparativos donde introdujeron significativos matices respecto a la capacidad explicativa del concepto de «consenso» y advirtieron de los peligros de extrapolar los modelos teóricos utilizados en otras historiografías sin tener en cuenta las peculiaridades características del régimen franquista¹⁹.

Sin embargo, tan sugerentes propuestas eran meras hipótesis de trabajo, que requerían una profunda y documentada comprobación empírica. Las respuestas llegaron en 1999 de la mano del denominado Proyecto Valencia, en el que se recogieron una serie de estudios de historia local, inspirados en la historia «desde abajo» británica, la *Altagsgeschichte* alemana y la microhistoria italiana. Los trabajos de Ismael Saz, J. Alberto Gómez Roda y Ramiro Reig, entre otros, trataron de sintetizar los problemas

17. RÍQUER, Borja. «Rebuig passivitat i suport. Actituds polítiques catalanes davant el primer franquisme (1939-1950)» en VV. AA. *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*. Barcelona, Crítica, 1990, pp. 179-193; y MORENO LUZÓN, Javier. «El estudio de los apoyos sociales al franquismo: una propuesta metodológica», en CASTILLO, Santiago. (coord.). *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*. Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 541-543.

18. SÁNCHEZ, Isidoro; ORTIZ HERAS, Manuel y RUIZ, David (coords.), *España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura*. Villarobledo, Ediciones de la Universidad de Castilla La-Mancha, 1993; *Actas del I Encuentro de Investigadores del franquismo*, Barcelona. FCG-UAB, 1992; y MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. *El regim franquista: feixisme, modernització i consens*. Vic, S. Eumo Editorial-Universidad, 2003 [1992], pp. 97-100.

19. CALVO VICENTE, Cándida. «El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista, *Spagna Contemporanea*, 7 (1999), pp. 141-158; y CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. «Sobre el primer Franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y Política*, 8 (2002), pp. 303-319.

inherentes al estudio de las actitudes sociales en el franquismo, aportar nuevas propuestas para su resolución y ofrecer estudios de caso, donde quedaba puesta de manifiesto la variabilidad de los comportamientos de los españoles y la dificultad de interpretar las relaciones entre régimen y sociedad. Poco después, las investigaciones de Jordi Font para el caso de Girona confirmaron las potencialidades existentes en las fuentes orales para el análisis de las actitudes sociopolíticas y la necesidad de aumentar la lente y mirar a «lo local» para verlas con mayor nitidez y precisión. Font además aportaba nuevas categorías analíticas —adhesión sin condiciones, adhesión con divergencias políticas y morales, pasividad condescendiente, indiferencia aprobatoria, desmovilización política y social, acomodamiento o disenso— que ahondaban más si cabe en la complejidad de las actitudes ciudadanas²⁰.

Si a finales del pasado siglo Carme Molinero y Pere Ysàs afirmaban que el balance de la historia social de la época franquista era pobre, a mi juicio, hoy no lo es tanto. Gracias al notorio aumento de los estudios locales durante la última década, a la mayor atención prestada a los avances realizados en este campo por otras historiografías extranjeras, y a las notables contribuciones realizadas por la nueva historia política, los estudios culturales o la historia sociocultural, se puede afirmar que actualmente contamos con una panorámica mucho más completa para conocer el funcionamiento social del franquismo²¹. Y en este notable avance han sido decisivas las incursiones realizadas en dos campos que, en muchas ocasiones, han aparecido entrelazados: el estudio de los apoyos sociales y el análisis de las actitudes de la población.

De una parte, han sido muchos los historiadores que, durante la última década, se han preguntado acerca de quiénes constituyeron las bases sociales que permitieron a los sublevados derribar por la fuerza la II República y fundar un régimen de tan longeva vida. Mirar a lo sucedido en la etapa republicana se convirtió en la clave para poder observar las fracturas, enfrentamientos y disputas que fueron dando forma a una serie de grupos humanos que, independientemente de su extracción

20. SAZ, Ismael y GÓMEZ RODA, J. Alberto (eds.). *El franquismo en Valencia: Formas de Vida y actitudes cotidianas en la posguerra*. Valencia, Episteme, 1999; FONT, Jordi. «Nosotros no nos cuidábamos de la política». Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959», *Historia Social*, 49 (2004), pp. 49-56.

21. MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere. «La historia social de la época franquista. Una aproximación», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 133-154; y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. «Se hace camino al andar». Balance historiográfico y nuevas propuestas de investigación sobre la dictadura franquista», *Ayer*, 63 (2006), pp. 259-278.

social, empezaron a asumir ideas antiizquierdistas, antidemocráticas y/o antirrepublicanas. De este modo el análisis de los apoyos sociales del régimen ha experimentado un salto cualitativo y cuantitativo de importancia debido tanto a trabajos de historia comparada que señalaron las similitudes y diferencias en el respaldo social recibido en sus orígenes por el franquismo y los fascismos europeos, como a estudios concretos sobre el personal político que compuso las gestoras locales y provinciales y sobre la efectividad de las políticas impulsadas por el régimen para lograr la aceptación o «consenso» de importantes sectores sociales²².

De otra parte, la primera década del siglo XXI ha resultado muy prolífica en lo referente al conocimiento de las actitudes de los españoles durante la dictadura franquista. En primer lugar, conocemos mejor la capacidad movilizadora que los discursos elaborados «desde arriba» pudieron tener, especialmente durante la Guerra Civil, entre algunos sectores de la población, los efectos causados por las políticas sociales franquistas sobre los ciudadanos, o los beneficios obtenidos por muchos individuos gracias a su participación en las instituciones del Estado o a su privilegiado acceso a determinados espacios en tiempos marcados por el hambre y la miseria²³. En segundo lugar, sabemos más acerca de la motivaciones y canales a través de los cuales participaron los ciudadanos en la represión franquista, mediante la colaboración, intercesión, persecución y delación de sus vecinos²⁴. Y, en tercer lugar, son mejor conocidos los espacios de descontento y de resistencia simbólica generados por los propios ciudadanos como mecanismo de rechazo a los potentes instrumentos de control social manejados por el franquismo.

22. MORENO FONSERET, Roque y SEVILLANO CALERO, Francisco. «Los orígenes sociales del franquismo», *Hispania*, 205 (2000), pp. 703-724; COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa. «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen y la composición de los poderes locales, Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 49-71; CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio. *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*. Madrid, Marcial Pons, 2000; SANZ HOYA, Julián. *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales (1937-1951)*. Santander, Universidad de Cantabria, 2009.

23. NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel. *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid, Marcial Pons, 2006; MOLINERO, Carme. «La política social del régimen franquista. Una asignatura pendiente de la historiografía», *Ayer*, 50 (2003), pp. 319-331.

24. CENARRO, Ángela, «Matar, vigilar y delatar: La quiebra de la sociedad civil durante la guerra y posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social*, 44 (2002) pp. 65-86; y ANDERSON, Peter. *The Francoist Military Trials: Terror and Complicity 1939-1945*. Londres, Routledge y Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, 2010.

Pese a los notables progresos realizados durante los últimos años en este campo, siguen persistiendo importantes lagunas que impiden el conocimiento de la época franquista en toda su complejidad. Aún hoy, continúa siendo evidente el desequilibrio entre los libros y artículos dedicados a la Guerra Civil y los años cuarenta y los ocupados de los veinticinco años finales de la dictadura. Cuestiones como la represión de la posguerra o la oposición antifranquista en los años finales del régimen cuentan todavía con más páginas que el análisis de la relación entre Estado y sociedad y del continuo «diálogo» entablado entre pueblo y régimen a través de diferentes canales²⁵. No debe ser menospreciado el esfuerzo de recientes trabajos por subsanar estas carencias, que han permitido acercarse con mayor precisión al funcionamiento de las comunidades locales durante los cuarenta, a las reacciones de los ciudadanos ante las políticas y discursos producidos «desde arriba» o al resquebrajamiento de la estabilidad del régimen más allá de las luchas políticas libradas en las altas esferas políticas²⁶. Pero, en general, son todavía insuficientes las investigaciones centradas en los apoyos del régimen más allá de las fronteras de la posguerra, son pocos quienes se han preguntado por la evolución de las actitudes sociales a lo largo del franquismo y resulta desalentador el escaso peso que los años cincuenta ocupan en las monografías dedicadas al franquismo, siendo en muchas ocasiones abordado de manera imprecisa y somera, pese a la importancia de los cambios operados durante la década. Por todo ello, es pertinente hacer algunas aclaraciones acerca de los marcos teóricos, las fuentes utilizadas y principales preguntas de las que parte el presente trabajo.

METODOLOGÍA, FUENTES Y REFLEXIONES SOBRE LAS ACTITUDES SOCIALES Y EL FRANQUISMO

Extrapolando al caso español la afirmación que realizara el historiador británico Ian Kershaw para referirse a la Alemania de Hitler, para aquellos que sufrieron en sus carnes la represión franquista (o incluso

25. RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar. «La historiografía local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 153-175.

26. Por ejemplo: CABANA, Ana. *Xente de orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia*. Santiago de Compostela, TresCtres editores, 2009; MARTÍN GARCÍA, Óscar. *A tientes con la democracia. Movilización y actitudes de cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008. DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. «El secreto del consenso en el régimen franquista. Cultura de la victoria, represión y hambre», *Ayer*, 76 (2009), pp. 245-268.

para quienes fueron testigos de la misma), las elucubraciones realizadas por los historiadores pueden parecer cruelmente distantes²⁷. Y, sin embargo, para explicar la instauración, la consolidación, la descomposición y la perdurabilidad del régimen de Franco, se hace necesario adentrarse en las actitudes y los comportamientos individuales y colectivos, en los discursos y de las experiencias, y en lo que, en definitiva, constituye el campo de la cultura entendida en sentido amplio, donde lo social, lo político o lo religioso están continuamente presentes. Sólo de esta forma podemos dar respuesta a las principales preguntas que subyacen en estas páginas.

Como hace ya más de medio siglo recordaba Raymond Williams, lo atractivo de la noción de cultura es su propia indefinición y la yuxtaposición de significados que se entremezclan, otorgando al concepto una gran flexibilidad que lo provee de enormes posibilidades. La cultura aparece delimitada por contornos imprecisos, que no permiten entenderla como un compartimento cerrado, sino como un elemento cargado de dinamismo, que evoluciona, se transforma y cambia de composición continuamente²⁸. De esta manera, el término abarcaría no solo la «alta cultura» y la «cultura popular», sino los modos de vida, lenguajes, textos, estructuras o instituciones de poder. Manejamos una concepción abierta de la cultura, que nos permite definirla en términos de actitudes, valores y significados compartidos²⁹. Pero, sobre todo, entenderla como un terreno de lucha, de diálogo y de negociación constante, donde la política asume un papel protagonista. La cultura quedaría así enmarcada en medio de unas fluctuantes y dinámicas relaciones de poder en las que participarían, de un lado, los discursos y prácticas producidos desde el Estado y sus instituciones y, de otro, los recursos culturales empleados por la población para dotar de significado e interpretar el mundo que les rodea. Por ello, no solo es necesario atender a la recepción social de los discursos emitidos «desde arriba», sino comprender que estos también son coproducidos «desde abajo», por los individuos, puesto que, al fin y al cabo, Estado y sociedad no son «universos acotados», sino entidades que se entremezclan permanentemente en la indefinida y

27. KERSHAW, Ian. *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de investigación*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 246.

28. WILLIAMS, Raymond. *Culture and Society*. Nueva York, Columbia University Press, 1958, pp. XIV-XV. WOLFF, Eric. «Culture: Panacea or Problem?», *American Antiquity*, 49:2 (1984), pp. 393-400.

29. ELEY, Geoff. «What is Cultural History?», *New German Critique*, 65 (1995), pp. 19-36; BURKE, Peter. *Formas de historia cultural*. Madrid, Alianza, 2000.

amplia esfera de lo político³⁰. Es aquí, donde los nuevos enfoques sobre la «cultura política» pueden resultar atractivos a la hora de conocer las pautas de identificación de un individuo con un grupo o la manera en que se forman, tanto a través de tradiciones precedentes como de la propia experiencia, un conjunto de percepciones compartidas en torno a una serie de postulados —como la nación, la religión o el modelo de Estado— que forman parte del terreno de «lo político»³¹.

En la perspectiva adoptada en este trabajo han resultado enormemente alentadoras las teorizaciones realizadas por la «nueva historia cultural», así como las aportaciones que, surgidas en otras disciplinas —Lingüística, Antropología, Politología o Sociología—, han sido asumidas por los historiadores, enriqueciendo considerablemente sus trabajos. Numerosas investigaciones han puesto de relieve la necesidad de tener en cuenta elementos tales como los procesos de construcción de las identidades individuales y colectivas, la forma en que los individuos se valen de categorías para aprehender la realidad o la importancia de analizar las «rejillas mentales» por las cuales los sujetos procesan la información. En este sentido nociones como «representación simbólica», «imaginario colectivo» o «habitus», inciden en un conjunto de esquemas y disposiciones conceptuales que guían y gobiernan las actitudes y las conductas de los individuos³².

Pero no debemos perder de vista que los sujetos no permanecen pasivos, ni carecen de recursos para interactuar con el mundo que les rodea, sino que «hacen», se apropian de las condiciones en las que viven, aceptan, rechazan, presionan y negocian de manera ininterrumpida. De manera que, junto a los discursos y las percepciones, se hace necesario atender a la experiencia individual y colectiva que es vivida de manera diaria. En este sentido, resultan de gran utilidad los trabajos de E. P. Thompson, la microhistoria italiana y, de manera especial para nuestro

30. JUDT, Tony. «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historians», *History Workshop*, 7 (1976), pp. 66-94; GRAMSCI, Antonio. *Selections from prisons notebooks*, Londres, Lawrence and Wishart, 1971 p. 144.

31. BERSTEIN, Serge. «La culture politique» en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean François (eds.). *Per une histoire culturelle*. París, Seuil, 1997, pp. 271-286; y BAKER, Keith Michael. «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la revolución francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-110.

32. ELEY, Geoff. *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia, PUV, 2008; CHARTIER, Roger. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1995; BOURDIEU, Pierre. *Cosas dichas*. Buenos Aires, Gedisa, 1988; FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Madrid, Siglo XXI, 2009 [1966]. SPIEGEL, Gabrielle. M. «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006), pp. 19-50.

estudio, la *Alltagsgeschichte* (historia de la vida cotidiana) alemana, dado su interés en las experiencias cotidianas de los individuos. Un enfoque, este último, que ha demostrado fehacientemente su operatividad en un marco dictatorial como el de la Alemania nazi y cuya aplicación al caso del franquismo puede arrojar también exitosos resultados en lo referente a la captación de las actitudes sociales³³. Entre otras razones, porque la «historia de la vida cotidiana» conduce a lo que luego se ha denominado «giro local», que apuesta por una mayor atención a este ámbito, en la medida en que es allí donde los individuos experimentan por primera vez el contacto con su entorno, construyen la percepción de sí mismos y de cuanto les rodea y entran en contacto con las instituciones, discursos y políticas del Estado. Una perspectiva «desde lo local», como la adoptada en este trabajo, constituye, en mi opinión, la vía más adecuada para acercarse a los imaginarios, las memorias, las lealtades, las identidades, los valores, los discursos y las actitudes y conductas sociopolíticas de los diferentes sujetos durante el franquismo y, a su vez, resulta la plataforma más indicada para conocer el grado de interacción de la población con «lo nacional»³⁴.

Por todo ello, la provincia de Granada y, en especial, la capital son el área principal de este trabajo. A mi juicio, este marco de análisis es el más adecuado para ensayar la perspectiva «desde lo local» y calibrar la manera en que el franquismo se fue construyendo «desde abajo» y la relación de la población con la dictadura. Granada resulta representativa del conjunto del territorio español, puesto que, durante aquellos años, contó con rasgos comunes a muchas otras zonas del país. Como tantas otras, la granadina era una provincia eminentemente agraria, en la que predominaba la pequeña propiedad y en la que el mundo campesino se hallaba sumido en un atraso equiparable al existente en otras zonas de España. El estudio de la capital ofrece elementos de análisis de gran interés como la presencia de una importante Universidad, pero también de una clase media fundamental para entender la estabilidad del franquismo durante tan largo periodo. En definitiva, Granada supone un campo de estudio idóneo para examinar el proceso de implantación de la dictadura y la interacción cotidiana de los ciudadanos con el Estado.

33. LÜDTKE, Alf. «De los héroes de la resistencia a los coautores. *Alltagsgeschichte* en Alemania», *Ayer*, 19 (1995), pp. 4-69; TROMMLER, Frank. «Between Normality and Resistance: Catastrophic gradualism in Nazi Germany», *Journal of Modern History*, 64 (1992), pp. 82-101.

34. CARASA, Pedro. «El giro local», *Alcores*, 3 (2007), pp. 13-35, Alon. «Lo local, una esencia de toda la nación», *Ayer*, 64 (2006), pp. 19-31.

Pese a todo, debe ser reconocido el desafío que supone el estudio de las actitudes sociales en regímenes que, como el franquista, impedían la existencia de una verdadera opinión pública. Nos enfrentamos, en primer lugar, a un problema de conceptualización de difícil resolución. Dar nombre a las actitudes sigue siendo una labor tan necesaria como compleja. Hoy, la mayor parte de las investigaciones señalan la imposibilidad de entenderlas bajo la dicotomía de consenso-disenso y proponen la adopción de nuevas categorías que den cuenta de la miríada de actitudes y comportamientos que los ciudadanos exhiben bajo regímenes no democráticos³⁵. Consentimiento, aceptación, indiferencia, resignación, resistencia o disidencia, con calificativos tales como pasivo/activo o positivo/negativo, han sido fórmulas empleadas por los investigadores para tratar de explicar la existencia de extensas zonas intermedias entre los que se opusieron y apoyaron a las dictaduras. Por ello, a pesar de la imprecisión de tales categorías y de que su uso sigue siendo objeto de debate, resultan necesarias para clasificar la variabilidad de actitudes existente bajo el franquismo.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta que los sujetos históricos no se amoldan a la perfección a las categorías analíticas empleadas ni constituyen grupos «puros», sino que, por el contrario, un mismo individuo combina actitudes diversas y, en muchas ocasiones, aparentemente contradictorias. Durante la etapa franquista, resultó frecuente encontrar gente que rechazara la represión o criticara la escasez de racionamiento en los años cuarenta y que, en cambio, aprobara la política internacional del régimen o alabara que el Estado construyera casas baratas para los humildes³⁶.

En tercer lugar, hay que entender que en la formación de tales actitudes interviene tanto lo material como lo ideológico. Por ello, debemos tener en cuenta elementos tales como la seguridad en el trabajo, el crecimiento económico, los beneficios recibidos, las prestaciones sociales o el nivel de bienestar alcanzado, pero también, otros como la paz, el orden, la nación o la religión. De ahí que, por ejemplo, la defensa del catolicismo por parte del franquismo pudiera granjearle al régimen no-

35. CORNER, Paul. «Introduction» en id. (ed.). *Popular opinión..., op. cit.*, pp. 1-13; BURRIN, Philippe. «Política i societat. Les estructures del poder a la Itàlia feixista i a l'Alemanya nazi», *Afers*, 25 (1996), pp. 485-510.

36. MILLÁN, Jesús. «Los sujetos históricos: modelos, tipos ideales y estrategias de investigación», en ROMEO, Mari Cruz y SAZ, Ismael. *El siglo XX: historiografía e historia*. Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 101-110.

tables apoyos sociales o fueran muchos los ciudadanos que compartieran el modelo de nación que les proponía el régimen³⁷.

Y, en último lugar, es necesario comprender, y más en un régimen de tan larga duración como el franquista, que las actitudes son dinámicas y cambiantes. Para ello, es necesario permanecer atento a las trayectorias individuales, a los elementos que pudieron condicionar que determinados ciudadanos pasaran de un desapego hacia el régimen franquista a un acomodamiento e, incluso, a la satisfacción con determinadas políticas del Estado. Pero también, debemos observar la evolución de otros individuos que inicialmente apoyaron a la dictadura pero que acabaron desencantados con sus políticas y reacios a sus discursos. Por ello, resulta tan importante recorrer los cuarenta años de la dictadura, porque en el dinamismo de las actitudes de los españoles está la respuesta a muchas de las preguntas de las que parte este trabajo.

Por último, debemos atender al problema de las fuentes. Un problema que no es menor para el estudio de las actitudes sociales, las percepciones, la opinión popular, la adhesión, el rechazo o la indiferencia, que, por lo general, no se presentan de manera explícita en la documentación. En este trabajo se manejan los informes oficiales y documentos confeccionados por las autoridades franquistas custodiados en diferentes archivos locales, provinciales y estatales. Al hacerlo, soy consciente de los peligros que alberga el análisis documentación oficial, en la medida en que las autoridades pudieron minimizar o exagerar aspectos tales como el apoyo popular al régimen, el disentimiento o las relaciones de poder entre las diferentes fuerzas políticas. A pesar de lo cual, un análisis crítico puede ilustrarnos sobre las actitudes observando qué se les ofrecía a los españoles y cuál era la percepción que «desde arriba» se tenía de la situación en las provincias españolas³⁸. Tomando las mismas cautelas, se ha examinado documentación producida tanto por grupos pertenecientes a la oposición antifranquista como por otras instituciones que, formando parte del entramado del franquismo, mantuvieron con frecuencia una posición más o menos crítica con las políticas de la dictadura, con el objetivo principal de obtener una panorámica más completa al cruzar la documentación oficial con las visiones alternativas procedentes de estas instituciones. Un cuadro finalmente enriquecido por el análisis de las fuentes diplomáticas italianas y británicas, de inestimable valor para

37. WOO KIM, Yoo. «From 'Consensus Studies' to History of Subjectivity: Some Considerations on Recent Historiography on Italian Fascism», *Totalitarian Movements and Political Religion*, 10:3 (2009), pp. 327-337.

38. CORNER, Paul. «Fascist Italy...», *op. cit.*, pp. 137-138. SAZ, Ismael. «Entre la hostilidad...», *op. cit.*, p. 24.

el conocimiento de las percepciones externas en torno a las políticas franquistas y la reacción de los españoles corrientes ante las mismas.

Sin embargo, captar las actitudes sociales, interpretar las acciones individuales y colectivas, las representaciones culturales, las percepciones y las motivaciones que marcan los comportamientos de los sujetos, justifica la atención especial que, en este trabajo, se da a las fuentes orales. Más aún, cuando éstas han aportado ya nuevas visiones sobre las actitudes de los ciudadanos corrientes bajo regímenes dictatoriales³⁹. Mediante el análisis de los relatos de vida de ciudadanos que no formaron parte de las instituciones de poder, pero tampoco de la oposición antifranquista, registraremos las actitudes de individuos pertenecientes a la mayoría de la población, a las «zonas grises». Nos acercaremos de este modo a la vivencia particular de lo político, a la valoración que dieron ciudadanos de a pie a determinados acontecimientos, a las elecciones que tomaron o a su reacción ante los discursos y políticas del Estado. Por supuesto, sabemos que se trata de relatos contruidos desde el presente, donde difícilmente se expresarán opiniones condenadas por la sociedad actual y en los que el entrevistado tenderá a construir un relato cómodo y en, alguna medida, exculpatorio de determinadas actitudes o comportamientos que hoy juzgue como equivocados o inaceptables. Pese a lo cual, el uso de las fuentes orales cubre parcelas y registra acciones y actitudes difícilmente plasmadas en fuentes archivísticas⁴⁰.

En definitiva, creo que la mirada que aquí se propone es la indicada para entender en toda su complejidad en funcionamiento de las relaciones entre sociedad y Estado durante el franquismo. Unas relaciones basadas en la intersubjetividad, en las negociaciones continuas y fluctuantes establecidas entre los ciudadanos y el régimen franquista, esencialmente en el marco local, donde se desarrollaba la vida cotidiana de los españoles⁴¹. En las que, de un lado, se encontraban la dictadura de Franco, que tampoco permaneció estática, sino que evolucionó, se transformó y asumió la flexibilidad suficiente para mantenerse durante cuarenta años con vida, pero no para continuar más allá de la muerte

39. PASSERINI, Luisa. *Torino: operaia e fascismo*. Bari, Laterza, 1984. FONT, Jordi. *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001.

40. FRASER, Ronald. «La historia oral como historia desde abajo», *Ayer*, 12 (1993), pp. 79-92; NIETHAMMER, Lutz. «¿Para qué sirve la historia oral?», *Historia y Fuente Oral*, 2 (1989), pp. 3-26; THOMPSON, Paul. *La voz del pasado. Historia oral*. Valencia. Ediciones Alfons el Magnanim, 1988.

41. PASSERINI, Luisa. *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*. Valencia, PUV, 2006.

de su fundador. Y en las que, del otro lado, se encontraba el conjunto de los españoles, entre los que unos formaban parte del franquismo, otros no y la gran mayoría interactuaba diariamente con él. Hombres y mujeres que mostraron actitudes vacilantes, dinámicas y contradictorias, pero cuyo análisis es esencial para explicar el proceso de construcción, consolidación y descomposición del régimen franquista.

EL FRANQUISMO DE LOS ESPAÑOLES: CUARENTA AÑOS DE CONVIVENCIA CON EL RÉGIMEN

Bajo la mirada de Franco pasaron varias generaciones de españoles. En 1975, tanto quienes habían salido victoriosos como derrotados de las trincheras de la Guerra Civil tenían sesenta años o más. Para entonces una mayor parte de los ciudadanos no había vivido la contienda. Pero el franquismo seguía enormemente presente, se había introducido en muchos rincones de España y formaba parte de la vida cotidiana de la población. Al contrario que sus «hermanos» fascistas, el franquismo no había puesto tanto empeño —aunque algo puso— en conseguir una adhesión entusiasta de los españoles al modelo de nación defendido desde el golpe de Estado. La Guerra no solo proveyó al régimen de un mito al que aludir repetidamente para «justificar» su permanencia al frente de España, sino también de un importante arsenal desmovilizador. La contienda, unida a la miseria de posguerra, generó actitudes de miedo, resignación y acomodamiento entre la mayoría de la población. El transcurso de los años permitió al régimen consolidar su situación merced a las mejoras de las condiciones de vida y al alejamiento del mundo de la política. Pero la dictadura no supo frenar el paso de los años, la llegada de nuevas generaciones, la evolución en las actitudes ciudadanas y el cansancio de «más de lo mismo». La presencia del franquismo en las ciudades y en los pueblos, en lo cotidiano, dejó sus huellas, pero el régimen acabó por derrumbarse tras la muerte de Franco.

En este libro, nos acercamos a ese franquismo presente en el día a día de los españoles. Tratamos de demostrar cómo la dictadura se construyó gracias al esfuerzo de importantes apoyos sociales existentes en todos los rincones de España, que convergían con los postulados ideológicos del régimen y/o que se vieron beneficiados por el mismo. Pero también, analizamos las actitudes de la mayoría de la población, de aquellos individuos que daban forma a las «zonas grises», que se resignaron a la dureza de la posguerra, se acomodaron a la monotonía de los años cincuenta y vieron con buenos ojos el crecimiento económico de los sesenta. Hombres y mujeres de los que el franquismo logró su

despolitización (entendida como un alejamiento y rechazo por las cuestiones asociadas al mundo de la política) o, al menos su desmovilización (entendida como la disuasión del enfrentamiento directo y público con el Estado, pese a la pervivencia de identidades o culturas políticas incompatibles con las oficiales). En definitiva, en estas páginas se trata de demostrar la existencia de numerosos mecanismos que le permitieron al régimen pervivir durante muchos años y que los españoles de a pie se relacionaron de manera cotidiana con la dictadura, mostrando actitudes cambiantes, heterogéneas e incluso contradictoras, fundamentales para explicar tanto la dilatada trayectoria del franquismo como la imposibilidad de continuar tras 1975.

Ese franquismo cotidiano nació y se forjó en la Guerra Civil. Pero para conocer sus orígenes hay que dirigir la mirada al descompuesto sistema de la Restauración, al «desastre del 98» y a los profundos cambios operados en España y Europa durante el primer tercio del siglo XX. Las convulsiones producidas por la I Guerra Mundial y la crisis del 1929 posibilitaron el nacimiento de soluciones políticas radicales como, por ejemplo, el fascismo. En España, el triunfo democrático de la II República se vio pronto empañado por la radicalización sociopolítica que generó profundas fracturas en la sociedad española. En este contexto, el golpe de Estado de julio de 1936 provocó una larga contienda en la que los enfrentamientos latentes dieron lugar a una cruel espiral de violencia. Para los sublevados, la Guerra Civil fue inmediatamente concebida como una lucha de enormes dimensiones, inevitable y necesaria para la salvación de la Patria. El nacionalismo, la religión o el «terror rojo» se erigieron como elementos movilizadores nada despreciables, a pesar de que el reclutamiento forzoso, el cansancio o los intereses materiales marcaron las actitudes de muchos combatientes. Mientras, en la retaguardia, el franquismo se aseguró la colaboración ciudadana a través de las suscripciones, los donativos o la participación en las milicias. De este modo, la Guerra Civil se convirtió en una «marca de agua» presente en las culturas políticas de los ciudadanos. Todos estos fenómenos son abordados en el capítulo 1.

Al término de la Guerra Civil, España quedó dividida en una sociedad de vencidos y vencedores. Los primeros fueron las víctimas del terror caliente practicado en los primeros meses de lucha y, tras abril de 1939, sufrieron la cárcel, la depuración profesional, la incautación de sus bienes o la humillación pública. Muchos vencedores, en cambio, disfrutaron de una España acorde con las ideas que habían defendido en la contienda, vieron con satisfacción y colaboraron en el castigo de sus enemigos y en el homenaje a sus caídos y se beneficiaron de su condición para sortear el hambre, mejorar su posición social o entrar

a formar parte de las instituciones del régimen. Pero ambas categorías fueron volubles e imprecisas. En medio quedó una extensa área intermedia, ocupada por españoles que lograron evitar los trágicos destinos de los derrotados, pero que no se beneficiaron directamente de la victoria. Vencedores, vencidos y «zonas grises» que son tratados en el capítulo 2.

La «Cultura de la Victoria» fue la guía empleada para levantar el edificio del régimen. Sobre ella, se inició la construcción de una «Nueva España» en la que no tardaron en aflorar las luchas entre los diferentes componentes del Estado por imponer sus proyectos nacionales. Además, durante los años cuarenta, la miseria y el hambre, la oposición política representada especialmente por la guerrilla o la derrota de las potencias del Eje en la II Guerra Mundial amenazaron seriamente la continuidad de Franco al frente de España. Sin embargo, la «gestión de la miseria», la desactivación de los grupos de guerrilleros y la capacidad del franquismo para sobrevivir a las presiones internacionales fueron, junto con el mantenimiento de importantes mecanismos represivos, esenciales para que el régimen pudiera ir consolidándose durante el periodo 1939-1947. De todo ello hablo en el capítulo 3.

Entre 1947 y 1956, el régimen gozó de una posición más sólida que nunca. La atenuación del «cerco internacional» otorgó estabilidad a la dictadura, cubriendo así las expectativas de muchos ciudadanos que deseaban vivir sin grandes sobresaltos. Aunque una parte importante de los españoles convivió todavía con la miseria, otros fueron percibiendo como las condiciones de vida mejoraban, el racionamiento quedaba suprimido y el dinero extranjero abría nuevas esperanzas. En esa España de aparente tranquilidad, la pugna entre las dos culturas políticas oficiales, la nacionalcatólica y la falangista, vivió sus más duras batallas. Aunque el catolicismo tradicional acabó por hacerse con el control de la esfera pública, Falange imprimió un mayor dinamismo a un proyecto que creó, inintencionadamente, nuevos espacios. Precisamente, esta «apertura» fue aprovechada por sectores juveniles para empezar a mostrar posiciones críticas con los discursos y prácticas del régimen. De todos esos aspectos se ocupa el capítulo 4.

Los años sesenta marcaron el inicio de la España del “desarrollismo”. En efecto, desde 1957 hasta 1966, se experimentó un crecimiento económico sin precedentes que, para muchos españoles, se tradujo en una mejora de sus condiciones de vida y en la capacidad para adquirir nuevos bienes de consumo. Ello dotó al régimen de una legitimidad basada en la eficacia que no dudó en explotar políticamente. La dictadura nunca renunciaría a sus orígenes bélicos, pero, apoyada en los avances obtenidos y el orden social imperante, no dudó en alentar la despolitización, percibiéndose los primeros signos importantes de distanciamiento entre

el régimen y la sociedad. Sin embargo, estos años también fueron el escenario del nacimiento de una cultura de la disidencia en determinados ámbitos nacionales. En la Iglesia, en la Universidad o en el mundo del trabajo fueron apareciendo, durante la primera mitad de los sesenta, expresiones de descontento que, si bien no constituyeron una amenaza para la estabilidad del régimen en la mayor parte de las provincias, crearon el germen de futuras movilizaciones. Trato de demostrarlo en el capítulo 5.

En 1966, el régimen alcanzó su punto álgido para, a partir de entonces, ir descomponiéndose hasta su desaparición. La buena situación de la economía no resultó suficiente para mantener satisfecha a una población que demandaba mayores libertades y veía cómo los desequilibrios del desarrollo eran cada vez más explícitos. Además, la dejadez del franquismo a la hora de emplear mecanismos de socialización positiva y cubrir las expectativas de los ciudadanos, le desprovocó de importantes apoyos, que no pudieron ser conseguidos mediante las medidas tomadas con carácter de urgencia cuando el régimen se encontraba en fase terminal. La oposición no derribó a la dictadura, pero fue ejerciendo una labor de desgaste que impidió su continuidad. El régimen perdió cada vez más apoyos dentro del catolicismo español, presenció una escalada de la conflictividad en el mundo laboral y en los barrios marginados del crecimiento económico y constató definitivamente que hacía años que había perdido el control de la Universidad. La confluencia de la protesta acabó por minar cualquier posibilidad de continuar una vez muerto Franco. La mayoría de los españoles no se movilizaron, no quisieron saber mucho de política, ni verse envueltos en conflictos, pero, hacia 1975, deseaban libertades similares a las de las democracias de su entorno. En el capítulo 6 se presta atención a estos aspectos.

La Granada del franquismo fue enormemente compleja. Tan compleja como lo fueron las actitudes de los ciudadanos que vivieron durante este periodo, que fueron encarcelados y que acudieron al cuartelillo a denunciar a un vecino, que formaron parte de una gestora municipal y que practicaron el estraperlo para poder vivir, que acudieron a una misión religiosa animados por su fervor y que esperaron en la plaza de su pueblo una oportunidad laboral, que ahorraron lo suficiente para comprarse un seiscientos y que malvivieron en chabolas en el extrarradio de la ciudad, que lloraron al morir Franco y que temieron por lo que vendría después. Así fueron los granadinos corrientes, los que un día fueron fundamentales para la consolidación del franquismo y otro los máximos responsables de su desaparición.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA GUERRA QUE LO ENVOLVIÓ TODO

Justificación mítica y movilización social (1936-1939)

«Acribillados a tiros,
los hombres mueren satisfechos si mueren por su idea»¹

No resulta extraño que la Guerra Civil y la dictadura de Franco sean consideradas por muchos como inseparables, puesto que de la lucha armada contra los «enemigos de España» nacería el nuevo régimen. La experiencia bélica le dio al franquismo su razón de ser, su génesis y la justificación principal para los discursos y las políticas que desarrolló a partir de 1939. Pero, además, la guerra desató las pasiones y los odios, movilizó a amplios contingentes humanos y generó sentimientos muy dispares entre quienes se vieron envueltos por ella. La mayor parte de los españoles acabaron la contienda extenuados por combatir una guerra que nunca habían creído tan larga, pero marcados indeleblemente por su sello. Esa profunda huella generada por la contienda alteró sus actitudes, reforzó y cambió sus identidades y condicionó las culturas políticas tanto de los heterogéneos apoyos sociales del régimen, como del conjunto de la población que vivió aquellos trágicos acontecimientos.

La Guerra Civil fue originada por el golpe de Estado de 1936, pero para entenderla hay que volver la mirada atrás en el tiempo. Por ello, de un lado, debemos enmarcar la contienda en el mundo de entreguerras (1918-1939) marcado por la depresión económica, por la violencia, por la radicalización política, la inestabilidad de los sistemas, el surgimiento de los fascismos, la crisis moral y la creciente conflictividad social. España llevó unos ritmos diferentes a los de otros países europeos, pero se vio afectada por síntomas parecidos. La descomposición política de

1. ARTECHE, José. *El abrazo de los muertos. Diario de la guerra civil, 1936-1939*. Zarauz, Icharopena, 1970, p. 149 (cursiva en el original).

la Restauración y los problemas sociales y económicos sembraron el descontento entre buena parte de la población y provocaron una inestable situación política y una gran polarización social. El bisturí del «cirujano de hierro» que debía ser el general Primo de Rivera no consiguió llevar la calma a los «sectores de orden» del país. La llegada de la República supuso el inicio del desarrollo democrático. Pero las medidas tomadas por el primer gobierno republicano no tardaron en provocar el rechazo de la Iglesia, el Ejército, los propietarios y las capas sociales identificadas con el catolicismo. Las resistencias de una parte de las derechas a participar en el juego democrático y las presiones desde la izquierda para activar la revolución social acabaron por asfixiar el experimento republicano. El golpe militar de julio de 1936 hirió de muerte a la democracia, pero necesitó una guerra de casi tres años de duración para conseguir derribarla.

Desde el inicio de la contienda, el bando sublevado manejó un discurso acorde con sus propósitos movilizadores. En él, la apelación a un pasado glorioso, la centralidad de la religión católica —entendida como consustancial a España— o la exaltación de un exacerbado y reaccionario nacionalismo español fueron algunos de los pilares fundamentales. Los propagandistas del bando rebelde aprovecharon aquellos elementos que habían sido objeto de discordia durante la etapa republicana para estigmatizar a los integrantes del bando contrario y canalizar los sentimientos de muchos españoles. Junto con ello, el recurso de la deshumanización del adversario y la utilización manipulada del «terror rojo» se convirtieron en aspectos nada despreciables para valorar el apoyo conseguido por los sublevados.

La efectividad de tales discursos debe ser analizada tanto en el frente como en la retaguardia rebelde. En las trincheras fueron muchos los individuos que se sumaron a la causa sublevada o le prestaron su apoyo, ignorantes de que el golpe de Estado se transformaría en una guerra prolongada. Ciertamente, debemos tener en cuenta el reclutamiento forzoso, el miedo o el cansancio experimentado por los combatientes con el paso de los años. Pero no debemos minusvalorar el papel de los elementos ideológicos a la hora de explicar el grado de movilización que, especialmente en los primeros días de la contienda, pudo constatarse. De la misma manera, debemos atender a las actitudes de quienes permanecieron en sus hogares, pero colaboraron igualmente con el bando insurgente. En tiempos donde los límites entre el frente y la retaguardia no eran precisos, la contribución de esta última a la guerra resultó un elemento fundamental para la victoria de los sublevados.

LAS SEMILLAS DE LA GUERRA CIVIL

El sistema del *turnismo* político establecido durante la Restauración de la Monarquía en España desde 1874 parecía dar comienzo a la sólida estabilidad de la que el país había carecido durante muchos años. Separados por mínimas diferencias ideológicas, la alternancia entre liberales y conservadores en el poder, las relaciones de clientelismo y endogamia mantenidas por los notables locales que conformaban ambos partidos y la manipulación de los comicios electorales garantizaban que los grupos privilegiados siguieran manteniendo una posición hegemónica y aseguraron una cultura política poco participativa entre la ciudadanía, consciente del fraudulento funcionamiento del sistema².

Sin embargo, a finales de siglo, la prometida estabilidad comenzó a tambalearse como consecuencia de la crisis política, social y moral derivada de la pérdida de las colonias; de la quiebra del paradigma positivista y la cosmovisión burguesa; de los conflictos generados por la «carrera imperialista» emprendida por las grandes potencias y la gestación de la «crisis de la razón»; de los efectos que la crisis finisecular tuvo sobre la economía española y, en especial, sobre la agricultura, debido a la penetración del capitalismo y la modernización que, en regiones como Andalucía se tradujo en una reducción de la superficie cultivada, la caída de los salarios, el aumento del paro y una mayor dependencia jornalera de los propietarios; y, en último lugar, de la consolidación del movimiento obrero y el sindicalismo agrario de izquierdas y revolucionario en el primer tercio del siglo XX³.

Por tanto, en el arranque del siglo XX, la sociedad española se encontraba con un sistema político debilitado, un Ejército convencido de su papel como guardián del orden, la coronación de Alfonso XIII como nuevo monarca en 1902 y el crecimiento de los movimientos obreristas de izquierda. La respuesta intelectual a esta situación de crisis vino de la mano de los hombres de la «Generación del 98» que vieron en el regeneracionismo la «fórmula mágica» para reinventar la nación y afirmaron la necesidad de sanar el cuerpo enfermo de la patria, volviendo a las esencias tradicionales y recurriendo a un «cirujano de hierro» capaz de

2. ROMERO SALVADÓ, Francisco. *La larga guerra civil española*. Granada, Comares, 2010, pp. 4-5; CRUZ ARTACHO, Salvador. «Clientes, clientelas y política en la España de la Restauración», *Ayer*, 36 (1999) pp. 99-129.

3. GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos. «Las derechas españolas ante la crisis del 98», *Studia histórica: Historia Contemporánea*, 15 (1997), pp. 194-195; COBO ROMERO, Francisco. *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*. Granada, Universidad de Granada y Universidad de Córdoba, 2004, pp. 29-54.

revitalizar la nación⁴. Un papel que muchos creyeron que podía haber desempeñado Antonio Maura. Sus propuestas de «revolución desde arriba», «descuaje del caciquismo» o «fomentar la ciudadanía» esperanzaron a quienes apostaban por la necesaria regeneración de la nación española. Pero se trataba de un regeneracionismo de corte autoritario y católico, temeroso de las masas e incapaz de afrontar la conflictividad sin recurrir a la represión, como quedó de manifiesto durante la Semana Trágica de 1909. A la altura de 1910, el sistema canovista estaba seriamente dañado⁵.

Sin embargo, iba a ser un acontecimiento internacional el que diera la puntilla a la España de la Restauración. El estallido de la I Guerra Mundial en 1914 precipitó las incipientes transformaciones que agitaban el continente europeo desde comienzos de siglo —la rápida urbanización, la industrialización, la secularización social, el aumento de la migración o la modernización cultural— y aceleró la movilización popular. La carrera armamentística y las confrontaciones motivadas por las colonias fortalecieron el nacionalismo y provocaron la movilización de buena parte de la juventud, cansada de la vida burguesa y alentada por el espíritu de aventura. Embriagados por la euforia, la guerra se convirtió para muchos en un «test de masculinidad que les diferenciaba de quienes permanecían en la retaguardia. Se creaba así una «comunidad del frente» forjada merced al sacrificio y los lazos de camaradería y hermandad de quienes convivían en las trincheras. Aunque muchos descubrirían que la realidad de los campos de batalla no se correspondía con la imagen idealizada que tenían en la contienda, la lucha armada dejaría una huella imborrable a los que la vivieron, generando lo que Mosse ha denominado como «el mito de la experiencia de guerra»⁶. No resulta extraño que, silenciadas las armas, los excombatientes se sintieran ajenos y rechazados por la sociedad civil y que —pese a la evolución de muchos hacia el pacifismo—, otros tantos trasladaran el lenguaje del

4. SEVILLANO CALERO, Francisco. «El mito del 98 en la cultura española», *Pasado y Memoria*, 3 (2004), pp. 5-8; MOREIRAS MENOR, Cristina. «War, Postwar, and the Fascist Fabrication of Identity», en VALIS, Noel (ed.). *Teaching representations of the Spanish Civil War*. Nueva York, MLA, 2007, pp. 118-120.

5. ROMERO SALVADÓ, Francisco J. *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*. Londres, Routledge, 2007, Capítulo 1.

6. GENTILE, Emilio. *La Grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo*. Roma-Bari, Laterza, 2009, pp. 109-122; MOSSE, George L. «Two World Wars and the Myth of the War Experience», *Journal of Contemporary History*, 21 (1986), pp. 491-51; JUNGER, Ernst. *Tempestades de acero*. Barcelona, Tusquets, 1998 [1983]; y REMARCHE, Eric María. *Sin novedad en el frente*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1968 [1929].

campo de batalla y determinados componentes de la «cultura de guerra» a la vida cotidiana de la posguerra⁷.

Tras la guerra, el modelo parlamentario entró en crisis. Importantes grupos sociales confirmaron su desconfianza en unos sistemas que consideraban culpables de la guerra e incapaces de atajar el avance del movimiento obrero. En su lugar, muchos individuos optaron por soluciones de carácter antiliberal y antidemocrático defensoras de valores tales como la paz, el orden, la nación, la fe, la tierra o la tradición, imprescindibles para ellos. Cuando la democracia parlamentaria se mostró débil y grupos como el campesinado o la burguesía urbana dejaron de apoyarla, triunfaron las propuestas autoritarias. En este clima, las propuestas fascistas basadas en concepciones míticas como la regeneración nacional, la exaltación de la juventud o la sacralización de la guerra atrajeron a importantes capas de la población y se convirtieron en un valladar frente a los revolucionarios de izquierdas y una alternativa al parlamentarismo, incluso para sectores conservadores católicos que demostraron poder convivir con los fascistas a los que les unían importantes intereses comunes⁸.

En España, la neutralidad mantenida durante la Gran Guerra impidió la penetración de sentimientos similares entre los ciudadanos. Pero que España no entrase en la guerra no significa que la guerra no entrase en España. La contienda europea estuvo en el centro de las preocupaciones de los partidos dinásticos y de buena parte de la sociedad que entendía el conflicto como un choque entre dos visiones diferentes del mundo. Además, la posición neutral de España permitió a los terratenientes y grandes industriales aumentar su riqueza durante aquellos años, acrecentando las diferencias sociales y regionales con otras capas de la

7. WINTER, Jay. «Shell-shock and the Cultural History of the Great War», *Journal of Contemporary History*, 35:7 (2000), pp. 7-11; PROST, Antoine. «The Impact of the War on French and German Political Cultures», *The Historical Journal*, 37:1 (1994), pp. 209-217; MOSSE, George L. *Fallen soldiers: reshaping the memory of the World Wars*. Nueva York, Oxford University Press, 1990, pp. 160-163; AUDOIN-ROUZEAU, Stéphane y BECKER, Anette. *14-18: Understanding the Great War*. Nueva York, Hill and Wang, 2002.

8. MAIER, Charles S. *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la I Guerra Mundial*. Madrid, Ministerio de Trabajo, 1988; MANN, Michael. *Fascistas*. Valencia, PUV, 2006; POLLARD, John. «Clerical fascism: Context, overview and conclusion», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8:2 (2007), pp. 434-435; MORO, Renato. «Il mito dell'Imperio in Italia fra universalismo cristiano e totalitarismo», en MENOZZI, Daniele y MORO, Renato (ed.). *Cattolicesimo e totalitarismo. Chiese e culture religiose tra le due guerre mondiali. (Italia, Spagna, Francia)*. Brescia, Morcelliana, 2004 [1998], pp. 365 y ss.

población⁹. Sin embargo fue un acontecimiento exterior el que llevó las divisiones a sus más altos niveles: el triunfo de la Revolución Rusa en 1917. La victoria proletaria en el este de Europa supuso un acicate para las clases más humildes y los obreros, esperanzados ante la posibilidad de revertir la situación social existente y extendió los «pánicos morales» entre las clases acomodadas y la burguesía, preocupadas por la extensión del obrerismo y la revolución¹⁰. En España los temores se desataron con las insurrecciones obreras del denominado «trienio bolchevique» (1918-1920), que fueron violentamente aplastadas, paralizando el desarrollo de los movimientos y generando un importante resentimiento entre las clases bajas necesitadas de tierras y mejoras sociales.

Junto a ello, aunque la ausencia de una experiencia de guerra imposibilitó el surgimiento de grupos fascistas en España, no impidió que el país se viera influido por la ola autoritaria que inundó la Europa de la posguerra¹¹. Durante la década, Hungría, Italia, Portugal, Grecia, Polonia, Yugoslavia y la propia España se convirtieron en dictaduras contrarrevolucionarias. En el caso español, Alfonso XIII optó por la solución autoritaria del general Miguel Primo de Rivera en 1923. La llegada de la dictadura fue vista con buenos ojos por muchos ciudadanos, especialmente por los pertenecientes a los estratos altos y medios de la sociedad, que veían en él ese «cirujano de hierro» capaz de levantar el país. Apoyándose en la religión y el nacionalismo, el régimen fue el primer ensayo del nacionalcatolicismo en España, marcado por algunos rasgos de la ideología y estética fascistas. No obstante, cuando la dictadura cayó a inicios de 1930, había marcado el camino por el que años más tarde transitaría el franquismo. Durante la etapa primorriverista se había puesto de relieve la importancia del uso de propaganda y los rituales para la nacionalización de los ciudadanos y se había forjado la identificación del nacionalismo español con la religión católica, extendida especialmente entre muchos miembros del Ejército español que habían adquirido una experiencia de guerra en las campañas de Marruecos¹².

9. ROMERO SALVADÓ, Francisco J. «Spain and the First World War: The Structural Crisis of the Liberal Monarchy», *European History Quarterly*, 25 (1995), pp. 532-534.

10. LUEBBERT, Gregory M. *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*. Zaragoza, PUZ, 1997, pp. 338 y ss.

11. BLINKHORN, Martin. «The Iberian States» en MÜLHBERGER, Detlef. (ed.). *The social basis of European Fascists movements*. Nueva York, Croom Helm, 1987, pp. 322-323.

12. QUIROGA, Alejandro. *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Madrid, CEPC, 2008; BEN-AMI, Shlomo. *Fascism from above: The dictatorship of Primo de Rivera in Spain, 1923-1930*. Oxford,

En 1930 era evidente que el orden político y social existente no podía continuar intacto. En una sociedad profundamente polarizada, las elecciones del 12 de abril de 1931 se convirtieron en un auténtico plebiscito entre Monarquía o República. Dos días más tarde, el 14 de abril, se proclamaba la II República, concebida por la mayor parte de la ciudadanía como una oportunidad de frenar definitivamente la decadencia española. A pesar de ello, la situación internacional no era la más favorable. La crisis económica de 1929 lastró de manera importante la gestión y puesta en marcha de las reformas y perjudicó a amplios colectivos sociales. Además, la II República nadaba a contracorriente en un contexto más propicio para las soluciones autoritarias. Pese a ello, el entusiasmo reinante permitió iniciar las necesarias reformas para alcanzar la modernidad, la democracia y las mejoras sociales, suscitando la oposición de las elites dominantes. En menos de un año la nación española había avanzado más en esta dirección que en los dos siglos precedentes¹³.

La Ley de Reforma Militar impulsada por Manuel Azaña levantó una notable oposición dentro del Ejército. Pese a ser una reforma generosa con los militares retirados y necesaria para reducir la oficialía y modernizar las fuerzas armadas, la forma de proceder por parte del Gobierno y las resistencias a la pérdida de sus privilegios provocaron el descontento entre el estamento militar¹⁴. Tampoco resultó exenta de polémica la Ley de Reforma Agraria. El tan esperado reajuste de las desigualdades existentes mediante un reparto más equitativo de la tierra que permitiera a las clases modestas elevar su condición social, en especial en las zonas rurales del Sur de la península, quedó en poco más que una promesa. La compleja estructuración de la propiedad en España, la oposición de los propietarios y la timidez en su aplicación por parte del Gobierno provocaron que el alcance de la reforma fuera muy limitado y causó el descontento de propietarios y jornaleros¹⁵. Los sucesos de Castilblanco (Badajoz), Arnedo (Logroño) y, más tarde, Casas Viejas (Cádiz) constitu-

Clarendon Press, 1983. BALFOUR, Sebastian. *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península, 2002.

13. PRESTON, Paul. *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*. Madrid, Turner, 1979.

14. ALPERT, Michael. *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*. Granada, Comares, 2008.

15. COBO ROMERO, Francisco. *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003; y DEL REY, Fernando. *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

yeron las manifestaciones violentas del enfrentamiento en el campo, que extendieron el miedo a la revolución entre las derechas y la desconfianza de las izquierdas hacia la República¹⁶.

Las medidas tomadas respecto a la Iglesia Católica también encontraron el rechazo frontal de amplios sectores sociales. A la aprobación del divorcio y del matrimonio civil, la disolución de la compañía de Jesús y el apartamiento del clero del campo de la enseñanza, se le unieron decisiones de carácter simbólico tales como las limitaciones impuestas a los entierros católicos, la retirada de símbolos religiosos del espacio público o las dificultades para la celebración de ceremonias católicas. Estas reformas trataban de introducir transformaciones profundas en una institución que no había cambiado durante siglos, necesarias para la modernización y democratización del país. Sin embargo, la II República se vio desbordada, porque paralelamente a la toma de estas medidas se produjo una secularización «desde abajo» con perfiles más violentos. Estos fueron los episodios de anticlericalismo e iconoclastia que recorrieron ciudades y pueblos españoles en momentos muy delimitados¹⁷.

Lejos de conseguir derribar el orden establecido, la intentona golpista de Sanjurjo en el verano de 1932 renovó los entusiasmos de la República y descongeló el desarrollo de las reformas. Sin embargo, en noviembre de 1933, fueron las derechas, conformadas por el Partido Radical de Lerroux y por la CEDA de Gil Robles, las que llegaron al poder y no tardaron en desmontar las reformas realizadas hasta el momento. Por su parte, las izquierdas no republicanas protagonizaron en octubre de 1934 un auténtico intento de revolución social con epicentro en Asturias, cuyo sangriento desenlace se saldó con más de mil muertos y dos mil heridos. Si Asturias supuso para la izquierda la constatación de que no tenía fuerza suficiente para institucionalizar la revolución, para la derecha, se convirtió en la espina dorsal de su discurso antiizquierdista y antirrevolucionario, en medio del proceso de fascistización que afectaba a las derechas —especialmente a la CEDA— y de la radicalización motivada por la centralidad que la violencia ocupaba en el discurso

16. MALEFAKIS, Edward. *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona, Ariel, 1971; GIL ANDRÉS, Carlos. *La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2002; LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario. *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*. Córdoba, Ediciones Libertarias, Ayuntamiento de Córdoba, 1995.

17. DELGADO RUIZ, Manuel. «Anticlericalismo, espacio y poder. La destrucción de los rituales católicos, 1931-1939», *Ayer*, 27 (1997) pp. 149-180. BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel. *Iconoclastia (1930-1936). La ciudad de Dios frente a la modernidad*. Granada, Universidad de Granada, 2007.

de organizaciones como Falange Española, Renovación Española o la Comunión Tradicionalista¹⁸.

Los comicios de febrero de 1936 fueron vistos por izquierdas y derechas como una batalla por la supervivencia. La campaña se desarrolló en medio de un clima marcado por la crispación y la exaltación dialéctica tanto de unos como de otros. Los resultados de las elecciones evidenciaron la división del país. Entre los damnificados por la contrarreforma legislativa de las derechas, el triunfo del Frente Popular fue recibido con entusiasmo. Por el contrario, la derrota sufrida por las derechas les hizo llegar a la conclusión de que era necesario cambiar las urnas por las armas. A la oleada huelguística vinieron a sumarse nuevos brotes de iconoclastia y violencia callejera, suficientes para infundir temor en las personas de «orden». El 18 de julio se producía el violento final de la experiencia republicana. Cuando la democracia fue derribada, ésta no vivía su mejor momento, la sociedad española estaba muy fragmentada, la convivencia bastante deteriorada y algunas fuerzas políticas de derecha y de izquierda mostraban su hostilidad hacia el sistema democrático. Pero no fue la presunta incapacidad de integración de la República, el «déficit de legitimidad» o las «carencias democráticas» del sistema las que hicieron imposible el triunfo de la experiencia democrática y desencadenaron su violenta caída, sino que, por el contrario, fue un golpe militar, iniciado desde arriba y desde dentro por militares sediciosos y apoyados por las derechas, lo que acabó con la II República y dio lugar a la Guerra Civil¹⁹.

Los prolegómenos del 18 de julio en Granada fueron también violentos. Las elecciones de febrero de 1936 se saldaron con el triunfo de la candidatura derechista. Pero las elecciones en la provincia no se caracterizaron por su limpieza. En algunos pueblos, grupos armados impidieron a algunos vecinos ejercer su derecho al voto y, en la capital, se produjo el robo de urnas en algunos colegios electorales²⁰. Las protestas de las izquierdas no se hicieron esperar, culminando con una gigantesca

18. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. «Aproximación a las subculturas violentas de las derechas republicanas españolas (1931-1936)», *Pasado y Memoria*, 2 (2003), pp. 107-141; del mismo autor «La violencia y sus discursos: los límites de la fascitización de la derecha española durante el régimen de la II República», *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116.

19. SAZ, Ismael. «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), p. 207. La interpretación que defiende la caída de la II República como consecuencia de las disfunciones del sistema político y el «sectarismo republicano» en ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y VILLA GARCÍA, Roberto. *El precio de la exclusión. La política durante la II República*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2010.

20. GIBSON, Ian. *Granada en 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 49-50; *Defensor de Granada*, 21-2-1936.

concentración de casi 100.000 personas el día 8 de marzo, en la que pedían la anulación de los resultados y la repetición de las elecciones. El estado de crispación en que vivía Granada era evidente y en las jornadas siguientes los altercados se sucedieron en la ciudad. El día 9 de marzo, varios pistoleros falangistas dispararon sobre las familias obreras reunidas en la céntrica plaza del Campillo²¹. Los grupos de izquierdas más exaltados respondieron con el ataque a los locales «derechistas» de la ciudad, la sede de Falange, el diario católico *Ideal* y varias iglesias del casco urbano. Aunque las fuerzas de seguridad del Estado detuvieron cerca de 300 personas, las derechas les acusaron de pasividad. La crisis se resolvió con la destitución del comandante militar de la plaza, Eliseo Álvarez Arenas, y del gobernador civil, Aurelio Matilla. Sin embargo, los sucesos de la primavera del 36 en Granada llevaron el miedo a la revolución a sus máximos niveles, reforzando la opción de acabar violentamente con la República.

La decisión de las Cortes de repetir las elecciones en Granada por haber comprobado la existencia de irregularidades creó tanto entusiasmo en las izquierdas como ira en las derechas. Los nuevos comicios, celebrados en mayo, dieron un rotundo triunfo a la candidatura de la izquierda, facilitado por la ausencia de la derecha en los mismos por entender que el sistema electoral estaba viciado²². Las autoridades granadinas contemplaron cómo, con el paso de los días, la situación era cada vez más inestable. Mientras las izquierdas mostraban un mayor radicalismo, las derechas se organizaban para la sublevación. Ante el «ruido de sables», el gobernador civil, Ernesto Vega, se vio obligado a acuartelar a las fuerzas militares, al tiempo que los falangistas se reorganizaban rápidamente y veían engrosar sus cuadros²³. A pocos días de

21. *Defensor de Granada*, 10-3-1936; De todos los falangistas implicados solo fueron procesados tres y no tanto por los hechos como por carecer de guías y licencias de armas de fuego. Todos fueron absueltos: ARCG, Audiencia Provincial, Sección Criminal, Libro 1097, Sentencia 16, 1939.

22. ALARCÓN CABALLERO, José Antonio. *El movimiento obrero en Granada durante la II República, 1931-1936*, Granada. Diputación Provincial, 1990, pp. 127-152; LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario y GIL BRACERO, Rafael. *Caciques contra socialistas. Poder y conflictos en los Ayuntamientos de la República*. Granada, Diputación Provincial, 1997; otras interpretaciones sostienen que las irregularidades denunciadas por las izquierdas en las elecciones de febrero de 1936 en Granada eran infundadas, mientras que en mayo de 1936 incurrieron en prácticas fraudulentas para ganar, a pesar de la ausencia de las derechas: VILLA GARCÍA, Roberto. «The Failure Electoral Modernization: The Elections of May 1936 in Granada», *Journal of Contemporary History*, 44 (2009), pp. 201-229.

23. GIL BRACERO, Rafael. *Guerra Civil en Granada: liquidación de la experiencia republicana y los orígenes del franquismo*. Tesis doctoral, Universidad de Granada,

la sublevación llegaron a la ciudad un nuevo gobernador civil, César Torres Martínez, un nuevo gobernador militar, Miguel Campins Aura, y un nuevo alcalde, Manuel Fernández-Montesinos. La inestabilidad que había caracterizado a los principales cargos granadinos durante buena parte del periodo republicano cavó la tumba del régimen en la capital. El 18 de julio se iniciaba el fin de la República.

INEVITABLE Y NECESARIA: LA GUERRA COMO MITO ORIGINARIO DEL FRANQUISMO

Cuando en la tarde del 17 de julio de 1936 un grupo de militares sediciosos iniciaba un golpe de Estado contra la República, no se imaginaban que generaría una larga guerra entre los españoles. Y, sin embargo, la contienda dejaría una marca imborrable en la piel del franquismo. La Guerra Civil supuso el origen de todo, el «mito fundacional» de un régimen que, teniendo rasgos de sistemas anteriores, era, en gran parte, completamente nuevo. Fracasado el objetivo de hacerse rápidamente con el poder, la lucha armada la contienda fue presentada como la solución definitiva a todos los problemas que aquejaban a la nación española y convertida en un acontecimiento necesario e inevitable que otorgaba al franquismo su «legitimidad de origen»²⁴.

La guerra iniciada en 1936 tenía varias dimensiones. No se trataba solo de una confrontación militar, sino una mezcla de tensiones de clase, enfrentamientos religiosos y conflictos culturales e ideológicos que afectaban a buena parte del continente europeo²⁵. En cierta manera, la contienda era el resultado de una coyuntura histórica en la que se mostró la incapacidad para resolver políticamente las tensiones sociales existentes, solucionar conflictos larvados y explícitos y alejar temores de la más diversa procedencia²⁶. La intensidad de tales disputas fue la causa del sobredimensionamiento de la guerra. La lucha fue presentada como una batalla de perfiles universales en la que no solo estaba en disputa

1995, pp. 385 y ss.; MOLINA FAJARDO, Eduardo. *Los últimos días de García Lorca*. Barcelona, Plaza & Janés, 1983, pp. 111-119 y 226-228.

24. AGUILAR, Paloma. *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid, Alianza, 2008; ARÓSTEGUI, Julio. *Por qué el 18 de julio... Y después*. Barcelona, Flor del Viento, 2006, p. 267.

25. CASANOVA, Julián. «Guerra civil ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 135-150.

26. ARÓSTEGUI, Julio. «Traumas colectivos y memorias generacionales», en Id., y GODICHEAU, François. *Guerra Civil. Mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 73-74.

la victoria militar y el reparto de unas cuotas de poder, sino el propio destino de la nación española. Era, en esencia, una interpretación de la guerra enormemente mitificada que, en un momento de enorme exaltación emocional como aquél, encontró una audiencia que no hubiera existido en una coyuntura más sosegada²⁷.

Inmediatamente después del golpe de Estado, los insurgentes se vieron en la necesidad de justificar la sublevación y la violencia ejercida contra la República para encubrir la verdadera naturaleza de lo que se trataba: una rebelión armada contra un régimen legítimo y democráticamente constituido. ¿Cuáles fueron las razones o las «justificaciones» a las que apelaron los sublevados en búsqueda de una legitimidad? En primer lugar, para los sublevados el levantamiento en armas constituía una «contrarrevolución preventiva» de inevitable realización si se quería impedir que las fuerzas de la izquierda se hicieran con el control de la nación en una revolución presentada como inminente. Presuntamente, los militares se rebelaban con el objetivo de evitar males mayores a España ya que, con su «heroica» forma de proceder, frenaban el ejercicio de la violencia izquierdista sobre la población y evitaban la llegada del «extraño» modelo de nación que se hubiera implantado en caso de un hipotético triunfo de revolución obrerista²⁸.

Pero fue en el marco local donde tales justificaciones cobraron más fuerza, puesto que allí se les «ponía cara» a los «enemigos de España». El comisario jefe del Cuerpo General de Policía de Granada, Roque Rivero López, afirmó tras la contienda que «a partir de noviembre de 1935» empezaron a observarse movimientos exaltados por parte de las izquierdas, «excitaciones que se tradujeron en la apertura de las casas del pueblo de la provincia y de los Sindicatos afectos a la CNT». El militar Eduardo López Nebrera aseguró que en la Casa del Pueblo de la capital situada en Compás de San Jerónimo «se estuvieron repartiendo armas a los terroristas, desde las 10 de la noche en adelante, en los primeros días de julio» de 1936. Y en la ciudad corría el rumor de que el inge-

27. COBO ROMERO, Francisco. «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008), pp. 135-136; WALDMANN, Peter. «Dinámicas inherentes a la violencia política desatada» en Id., y REINARES, Fernando. *Sociedades en Guerra Civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 87-89.

28. ARRARÁS, Joaquín. *Historia de la Cruzada Española*. Madrid, Ediciones Españolas, 1944; y MOA, Pío. *Los mitos de la Guerra Civil*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2003. Sus teorías quedan completamente desmontadas en SOUTHWORTH, Herbert. *El lavado de cerebro de Francisco Franco: conspiración y Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000. RODRIGO, Javier. *Cruzada, paz y memoria. La Guerra Civil y sus relatos*. Granada, Comares, 2013.

niero republicano José Santacruz había colocado minas bajo el casco urbano para volar la ciudad por los aires²⁹. A juicio de los insurgentes, todo respondía a un plan milimétricamente calculado por el Gobierno frentepopulista y sus «secuaces» provinciales. Según el testimonio del que fuera director de *Ideal*, Aquilino Morcillo, a la capital granadina habían llegado instrucciones muy concretas por parte de las autoridades del Frente Popular a mediados del mes de mayo. Prueba de ello, era el hallazgo de unos supuestos documentos localizados en el domicilio particular de Alejandro Otero, catedrático de Medicina y destacado líder socialista. La «camarilla» de Otero, que estaría compuesta por los ugetistas José Lupiáñez y Antonio Rus, el secretario de la UGT de Ciudad Real y el «revolucionario profesional» asturiano, Ángel González Lastra, formaría el grueso del grupo encargado de hacer realidad la conquista izquierdista del poder. Contradictoriamente, los franquistas aseveraban que Alejandro Otero se inventaba la existencia de «complots fantasmagóricos» por parte de las fuerzas militares como una manera de presionar al gobernador civil para llevar a cabo sus «perversos planes»³⁰. Aunque la posibilidad de una sublevación obrerista fuera completamente irrealizable, el «mito de la revolución inminente», así como la descripción de las reformas republicanas como revolucionarias, logró un considerable eco entre los apoyos del régimen.

Además de inevitable, los rebeldes calificaron el golpe de Estado como necesario y convencieron a sus apoyos de que la solución de fuerza era la única salida posible a la crisis que vivía el país. En tales circunstancias, el «Alzamiento Nacional» fue entendido como el revulsivo necesario a la depauperada evolución de la nación española. Incluso, cuando el golpe de Estado se transformó en guerra, los sublevados advirtieron en ella un potencial regenerador. Las ideas de regeneración nacional estaban presentes en el imaginario de las derechas españolas y europeas desde hacía algunas décadas. Se trataba del pensamiento de inspiración «menéndezpelayista» que recorrería las páginas de *Acción Española* defendiendo unas rígidas concepciones ultranacionalistas y ultracatólicas, como plataforma desde la que poner freno a la decadencia que, a su juicio, atravesaba la nación

29. ARCG, Preparación de la Causa General de la provincia de Granada, Pieza Segunda, «Testimonios del Alzamiento en Granada que constan en la pieza principal», 3-10-1942. MOLINA FAJARDO, Eduardo. *Los últimos días...*, op. cit., p. 123.

30. GOLLONET MEGÍAS, Ángel. y MORALES LÓPEZ, José. *Rojo y azul en Granada*. Granada, Librería Prieto, 1938, pp. 47-52; *Hoja oficial del Lunes*, 13-2-1939; ARCG, Preparación de la Causa General de la provincia de Granada, Pieza Segunda, «Testimonios del Alzamiento en Granada que constan en la pieza principal», 3-10-1942.

española desde hacía tiempo³¹. Pero en las mentes de los elementos más conservadores no había cabida para una revolución profunda que agitara los cimientos de España. Los vientos revolucionarios venían de fuera del país, impulsados por las ideologías fascistas triunfantes en Italia o Alemania. Sería la convergencia entre ambos proyectos regeneradores —el fascista y el conservador— la que forjaría la concepción «fascistizada» de la guerra que tuvieron los sublevados y su creencia en el potencial palingenésico de la violencia.

Los momentos de decadencia resultan idóneos para que arraigue el mito palingenésico³². Los sistemas fascistas de Italia o Alemania habían detectado el momento de la decadencia en la profunda quiebra de valores, regresión económica y crisis política que había surgido al término de la Gran Guerra en 1918. En este contexto las propuestas palingenésicas que apostaban por la regeneración y el renacimiento de la nación encontraron un importante apoyo en el seno de una sociedad en crisis. Tales proyectos defendían una realidad en la que pasado, presente y futuro se encontraban completamente diferenciados pero inexorablemente convergentes. Se creaba de este modo una «cultura del tiempo» en la que quedaban claramente diferenciadas una época de tinieblas (el pasado), una de esperanza (el presente) y una de luces (el futuro)³³. La época prefascista en Italia habría estado marcada por la pasividad, el agnosticismo, el egoísmo y la resignación, con unos parlamentos débiles e inoperantes como máxima expresión de la «vieja política» y otras rémoras que obstaculizaban el crecimiento de la Patria. La experiencia de la I Guerra Mundial constituyó para los fascistas italianos el mito palingenésico necesario para la regeneración de la nación. Llegados al poder en 1922, los fascistas sentían que estaban inaugurando una nueva era, un nuevo ciclo vital que ponía las bases de la futura «civilización mediterránea» renovada. El decadentismo en Alemania era bastante similar tanto en la desconfianza hacia los viejos sistemas como en la consideración de la guerra como experiencia regeneradora. Hitler y sus seguidores también creían estar abriendo una nueva época que daría inicio a un «Reich de mil años»³⁴.

31. MORODO, Raúl. *Los orígenes ideológicos del franquismo. Acción Española*. Madrid, Alianza, 1985.

32. GRIFFIN, Roger. *The nature of fascism*. Londres y Nueva York, Routledge, 1991, p. 34.

33. SABROW, Martin. «Time and legitimacy: Comparative Reflections on the Sense of Time in the Two German Dictatorship», *Totalitarian movements and political Religions*. 6:3 (2005), pp. 351-369.

34. ZUNINO, Pier Giorgio. *L'ideologia del facismo. Miti, credenze e valori*